

CAPITALISMO DE LA VIGILANCIA Y TECNOFEUDALISMO. ¿LIBROS Y TIEMPOS NUEVOS PARA UNA NUEVA GEOGRAFÍA UNIVERSAL?

Bartolomé Valle Buenestado
Académico Numerario

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

Capitalismo de la vigilancia.
Tecnofeudalismo.
Cibersfera.
Sociedad informacional.
Excedente conductual.

En la historia de la humanidad ha habido «tiempos nuevos» que han marcado un antes y un después. Los últimos son el medio siglo comprendido desde la llegada a la Luna a hoy. En su transcurso hemos pasado de una sociedad de la información a una sociedad informacional. Ha surgido un nuevo espacio geográfico: la «cibersfera». El uso de los datos extraídos («excedente conductual») constituye una fuente de enriquecimiento y poder para corporaciones y estados. Las expresiones «capitalismo de la vigilancia» y «tecnofeudalismo» ilustran sobre de la dependencia de personas y sociedades en la nueva situación y del surgimiento de una nueva Geografía universal.

ABSTRACT

KEYWORDS

Surveillance capitalism.
Technofeudalism.
Cybersphere.
Informationals
Behavioral surplus.

In the history of mankind there have been new eras that have marked as a before and an after. The most recent times comprise the half century from the moon landing to the present day. During this time we have transitioned from an information society to an informational society. A new geographical space has emerged: the cybersphere. The use of extracted data (behavioral surplus) constitutes a source of enrichment and power for corporations and states. The expressions «surveillance capitalism» and «technofeudalism» illustrate the dependence of people and societies on the new situation and the emergence of a new universal geography.

El título elegido para esta conferencia es el que antecede y ustedes ya conocen. No anuncia un tema tomado al azar, antes al contrario, sino concordante y hasta continuación del discurso de ingreso como Académico Numerario de esta casa en diciembre de 2021 (*La primera vuelta al mundo y el nacimiento de la Geografía Universal*) y con la lección inaugural del curso académico 2022–23 en la Universidad de Córdoba, pronun-

ciada el día 30 de septiembre de 2022 (*¿Tiempos nuevos, geografías nuevas?*).

La exposición consta de dos partes, comprensivas del título de sendos libros (*La era del capitalismo de la vigilancia* y *Tecnofeudalismo*)¹, recientemente publicados y cuyo contenido constituye el grueso de la presente intervención. Se completa con la pregunta de si a los tiempos nuevos que estamos viviendo les corresponden geografías nuevas; y aunque esta pregunta no es enunciativa de una certeza científica, es fácil colegir que la respuesta es claramente afirmativa, pues estamos viviendo unos tiempos nuevos a los cuales corresponden las geografías nuevas sobre las que nos ilustran libros nuevos.

La historia de la Humanidad, además de la secuencia temporal que la articula, tiene una dimensión espacial que nos permitiría decir que, en realidad, la historia no es ni más ni menos que el proceso de la ocupación, ordenación y explotación de la superficie terrestre por el ser humano, hasta convertirla en su morada, conforme a la cultura, tecnología y medios disponibles... y siempre con la guerra como recurso de fuerza alternativo a la inteligencia y concordia.

Por ello cada tiempo ha sido nuevo e irreplicable y su resultado la faz cambiante de la Tierra. Podríamos reparar en cuáles han sido momentos decisivos para conformar unas geografías nuevas y desacompañadas del ritmo natural, ordinario y consecutivo del tiempo. Particularmente, considero que ha habido dos momentos que merecen el calificativo de «tiempos nuevos», generadores de nuevas geografías, nuevas ordenaciones del espacio y nuevas sociedades, ... y un futuro incierto e impredecible con los cánones del pasado.

Para concretarlos les podríamos exigir tres condiciones: 1) que fueran tiempos sin precedentes, 2) que tuvieran consecuencias irreversibles, y 3) que fueran conocidos sincrónicamente por toda la humanidad. Así, pienso que tiempos verdaderamente nuevos en sentido geográfico y en el periodo histórico sólo han sido los que se abren a partir de la primera circumnavegación del mundo y los posteriores a la llegada del hombre a la Luna.

¹ ZUBOFF, S., *La era del capitalismo de la vigilancia. La lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder*. Barcelona, Ed. Paidós, 1ª ed., 2020, 910 págs. VAROUFAKIS, Y., *Tecnofeudalismo. El sigiloso sucesor del capitalismo*. Barcelona, Ed. Planeta, 1ª ed., 2024, 263 págs.

Los dos estuvieron precedidos del viaje más largo jamás emprendido por la humanidad hasta ese momento y los dos tienen la característica común —coincidencia diríamos— de articular un periodo de tiempo de aproximadamente cincuenta años de duración: 51 años es el periodo que media entre el descubrimiento de América y la publicación del libro de Copérnico; y 51 años también es el tiempo que separa la llegada a la Luna de la irrupción del COVID, enmarcando lustros de vértigo hacia el futuro que nos ha tocado vivir y que tenemos la obligación de comprender.

Respecto al primer periodo, el descubrimiento de América en 1492, la primera circumnavegación del mundo entre 1519 y 1522 y la publicación del *De revolutionibus orbium coelestium* por Copérnico en 1543 supusieron un antes y un después.

La superposición de las tesis de Copérnico al ambiente de la Reforma luterana aceleró la ruptura del mundo antiguo y el avance hacia unos tiempos nuevos, hacia las nuevas geografías sobre las que se basó la modernidad. Y hasta la propia iglesia católica, consciente de la novedad y transcendencia de lo que estaba ocurriendo abrió el Concilio de Trento a los veinte meses del fallecimiento del sabio polaco.

En adelante el mundo y la sociedad fueron nuevos, se cerraron viejos debates, aunque aparecieron nuevos mitos y lugares ignotos. La humanidad comenzó a tomar conciencia del planeta que habitaba y la geografía fue nueva, una nueva geografía que alcanza la condición de Geografía Universal. El mundo se ensanchó horizontalmente hasta alcanzar la finitud de la Tierra y el ser humano fue habitante del sistema solar.

El progreso de las ciencias tras los descubrimientos y de las interrogantes planteadas abrieron el camino hacia la ciencia moderna, que, luego, tras el rellano de reflexión y refresco que supuso la Ilustración con sus ideales de razón, ciencia, humanismo y progreso, se proyecta hacia el siglo XIX como antesala de las grandes logros del XX, estación *termini* de la modernidad inaugurada en los nuevos tiempos del Renacimiento.

Las tierras nuevas se incorporaron a los nuevos mapas, hubo una reconfiguración política del mundo conforme a los intereses de los imperios y de las naciones más poderosas. El mundo se hizo abarcable gracias a la navegación, surgieron rutas comerciales, aumentaron los intercambios, se pusieron en explotación nuevos recursos, y, luego, gracias a las máquinas

de vapor y su aplicación al transporte y navegación marítima, el mundo quedó envuelto por el gran capitalismo industrial.

El mapa político del mundo se fue ordenando conforme a la geografía colonial que las metrópolis impusieron, en América conforme a la independencia, y la vieja Europa —tan propensa a los cambios en su mapa político— conoció el nuevo orden derivado de las conquistas napoleónicas, del Congreso de Viena, del difícil reajuste de los nacionalismos durante el siglo XIX, de las dos guerras mundiales, de la desintegración de la URSS y de Yugoslavia... y de lo que estamos viviendo y aún nos queda por ver.

Sorprende que lo acontecido en aquel medio siglo tuviese tantas repercusiones en la historia y permanencia en el tiempo, pero así fue. Los tiempos nuevos propiciaron un mundo nuevo, una nueva geografía, una evolución de la historia en la cual cada territorio o lugar dejó de ser, como lo era antaño, un punto en el mapa o en el imaginario para pasar a ser un lugar en la geografía del nuevo mundo.

Los años 1492-1543 fueron, pues, la primera ocasión en que el devenir de la historia se construyó desde la geografía, desde de la concepción de la vida a escala planetaria. Fue la primera globalización.

La segunda etapa a la que también calificamos de «tiempos nuevos» y a la que en realidad queremos referirnos en esta conferencia corresponde al último medio siglo. Podríamos señalar su comienzo en 1969 con la llegada a la Luna y el nacimiento de Internet, y extenderla hasta el más riguroso presente. Coincide con el viaje más largo e incierto jamás emprendido por la Humanidad y ha ampliado el espacio geográfico hasta lo inimaginable.

Si antes los descubrimientos geográficos y la exploración de nuevas tierras ensancharon horizontalmente el espacio geográfico hasta alcanzar la finitud del planeta, ahora el crecimiento ha sido en altura y volumen, es decir, en vertical.

Recuérdese el hallazgo de la fosa de las Marianas y la primera medición de su profundidad por ecolocalización (11.034 metros) en 1951, o el descenso con el batiscafo Trieste protagonizado por Picard en 1960, incluso el más reciente del aventurero y cineasta Cameron en 2012. En sentido contrario, la ascensión al monte Everest llevada a cabo por la expedición de Hillary el 29 de mayo de 1951, estableciéndose su altitud en 8.849 me-

tros. Es decir unos 20.000 metros desde el fondo de los océanos hasta los confines de la atmósfera, desde el muro al techo, desde los abismos a la cima del mundo. Con ello culminó la lectura del mundo en sus tres dimensiones geográficas: longitud, latitud y altitud, las tres variables que identifican y definen todo punto sobre el mapa.

Pero para el entendimiento de cuanto sigue no basta con lo dicho, sino que ha de introducirse una nueva dimensión que tiene que ver tanto con los avances tecnológicos como con la evolución general de la sociedad: es una cuarta dimensión geográfica, concerniente al espacio que nos envuelve y a la que podremos referirnos en dos acepciones: real y virtual.

Los «nuevos tiempos» del presente han sido coetáneos de avances científicos y tecnológicos que han permitido la exploración física del espacio, las telecomunicaciones o el nacimiento de Internet. Precedentes importantes fueron la incorporación del motor a reacción a la aviación comercial y el lanzamiento de los primeros satélites artificiales a finales de los años cincuenta. La llegada a la Luna en 1969 fue el cénit de las misiones anteriores. La carrera espacial continuó en los años siguientes en clara competencia geopolítica entre las grandes potencias. La sonda Voyager, lanzada en 1977 y operativa en la actualidad, es todo un referente. Desde entonces los satélites para todo tipo de utilidades han poblado la atmósfera con una malla de más de 6.000 nodos operativos en la actualidad y en continuo aumento.

La nueva era también ha conocido grandes cambios políticos, sociales y económicos. Los años sesenta, probablemente, fueron el momento de mayor felicidad colectiva en el Hemisferio Norte gracias al bienestar del progreso y la fe en los sistemas políticos. El Mayo del 68 francés con su aspiración a la felicidad colectiva como nueva idea, los festivales de Stonewall y Harlem en el verano de 1969 y el de Rock de Woodstock en agosto del mismo año, en Estados Unidos reclamaban la identidad, la cultura y los deseos de autonomía individual.

Al mismo tiempo los inicios de la reflexión sobre el marxismo o la contestación a la guerra de Vietnam fueron altavoces de una nueva sensibilidad. El mapa político reajustado tras la II Guerra Mundial conoció el advenimiento de un buen número de países por efecto de la descolonización. Y aunque nadie dudaba del progreso, se consumaba la desigualdad entre naciones, se abría un abismo entre países ricos y pobres, la explosión

demográfica acentuaba el subdesarrollo y la dependencia, al tiempo que el crecimiento de las sociedades occidentales comenzaba a mostrar sombras al mundo.

En 1972 Naciones Unidas expresó su primera preocupación por los daños que se estaban causando al medio ambiente, y el Club de Roma ponía el dedo en la llaga al advertir sobre los límites del crecimiento. Lástima que hubiese oídos sordos hasta la publicación en 1987 de *Nuestro futuro común*, más conocido como Informe Brundtland.

El encarecimiento del petróleo en octubre de 1973 acarreó la quiebra del viejo modelo de producción industrial, a la cual no pudieron sustraerse empresas ni estados. La respuesta fue la deslocalización al compás del desarrollo de la electrónica en sustitución de la mecánica y el surgimiento de una nueva geografía industrial. La necesidad de los intercambios y la oportunidad de facilitarlos a escala internacional propició el inicio de la segunda globalización, claro exponente de nuevos tiempos y conformadora de nuevas geografías. En adelante cada punto del planeta dejó de ser un lugar en la geografía para convertirse en una pieza del sistema. Las nuevas ideas económicas, esbozadas tras el abandono del patrón oro en 1973 y de los acuerdos de Breton Wood e impulsadas por M. Friedman, Premio Nobel 1976, dieron pie al liberalismo, a la reducción del papel de los estados en la economía, culminando con el auge neoliberal a partir del denominado «Consenso de Washington», en 1989.

Este mismo año es fecha de referencia y momento decisivo para el advenimiento del nuevo mundo por la caída del muro de Berlín, la matanza de la plaza de Tiananmen y, poco después, la firma del tratado Start I, el final de la guerra fría y la caída de la URSS.

El dinamismo de los tiempos finiseculares aumentó el consumo de materias primas, combustibles, recursos pesqueros, extractivos y alimentarios, agudizó los procesos de concentración demográfica, la evolución hacia un modelo urbano de grandes costes económicos y ambientales, los gigantescos procesos de urbanización, las migraciones voluntarias o forzadas, los numerosos conflictos bélicos y el cénit de las desigualdades.

Sin negar los efectos beneficiosos del crecimiento económico a escala planetaria, sí que hay que dudar del modelo, tanto por el acrecentamiento de las disparidades como por el considerable deterioro del planeta, como se puso de manifiesto en la «Cumbre de la Tierra», celebrada en Río de Janeiro en 1992.

Lo referido hasta ahora sería más que suficiente para hablar de tiempos nuevos y de geografías nuevas, pero lo realmente importante, lo que hace únicos y distintos a nuestros días es «la nueva noción de espacio y de tiempo» derivada de las tecnologías, de una revolución tecnológica, seguramente comparable a las antiguas revoluciones agrícola o industrial y, por supuesto, de mayores consecuencias.

La principal novedad es que al espacio geográfico se le ha añadido una cuarta dimensión —no en sentido 'einsteniano' del término, sino de esfera nueva— que revoluciona y cambia la noción tradicional de espacio geográfico como escenario de la vida cotidiana y registro de su actividad a través del paisaje.

Todo ha venido a consecuencia de Internet, una herramienta, una red integrada por millones de servidores, *routers*, computadoras, terminales, satélites, que se ha erigido en elemento indisoluble del hacer cotidiano. Para su desarrollo, especialmente acelerado a partir de los años noventa, se han requerido equipos e infraestructuras colosales y muy costosas que se extienden desde la superficie y fondos oceánicos hasta la cima de la atmósfera. Su materialidad está sometida a los condicionantes geográficos, sin que pueda sustraerse a las venganzas y cautiverios de la geografía ni de la geopolítica en lo que se refiere a distribución espacial, ubicación de grandes equipos, centros de cálculo, energía, cables, satélites ...

Una vez existente la red lo importante de Internet es el tránsito de información a su través y la colaboración entre usuarios, entre actores distintos y distantes que cooperan en un entorno al que denominamos «ciberespacio», que no es un espacio geográfico en sí, sino una nueva dimensión del mismo con gran protagonismo en nuestra vida y sociedad. Así pues, Internet es el soporte y el ciberespacio el resultado de la interacción de los usuarios. Ha nacido, pues, la «ciberesfera» que viene a completar la ecología humana de los nuevos tiempos junto a la hidrosfera, litosfera y atmósfera.

La toma en consideración del ciberespacio como nueva dimensión del espacio geográfico conlleva una profunda reflexión sobre su uso y sus niveles de abstracción, pues es una dimensión superior construida por el ser humano, un recurso tecnológico que simula una cuarta dimensión espacial y la genera de una forma virtual. Una vez construida, funciona, nos ayuda, envuelve y atrapa, al tiempo que genera nuevos procesos territoriales a partir de la información (comercio, transporte de datos, movimiento de

capitales, gestión, teletrabajo,...hasta enseñanza *on line*) y como quiera que el uso y la información son cada vez mayores, nos acercamos cada vez más a una interactividad entre el ser humano y la máquina, a una cuarta dimensión cotidiana, a un espacio y realidad virtual en el cual la simulación sustituye a la misma realidad por emulación, construida a partir de los entornos controlados por computadoras previamente programadas.... Son pasos hacia la inteligencia artificial y al metaverso como híbridos entre hombre y máquina, a unas sociedades nuevas, exponentes de tiempos nuevos y sin precedentes.

El ciberespacio fue en sus inicios una ficción literaria (*Neuromancer*, 1984 William Gibson) materializada a través de Internet y operada por un sinfín de usuarios que acceden, comparten y construyen la información, que navegan en una abstracción que existe, que sustituye a la realidad y que la precede, que precede al individuo que la explora, pues todo pre-existe de antemano al proceder del conjunto de datos que se le ha puesto en carga... Es un mundo finito que contrasta con las posibilidades infinitas del pensamiento y de la mente humana, es una realidad, pues, en la que se puede descubrir pero no explorar. Ello es muy importante para la Geografía, pues a diferencia de antes, que la región era anterior al mapa, ahora es el mapa el que precede a la región.

El ciberespacio y la ciberesfera, en la sociedad de la posthumanización, se ha convertido en un ágora operada por multitud de agentes y de actores con finalidades y propósitos diversos —sociales, militares, geopolíticos, económicos,...— y en requisito imprescindible del ya denominado «Capitalismo de la vigilancia».

Esta expresión es la que da título del libro que constituye el referente central de la presente intervención, escrito por Shoshuna ZUBOFF y que a mi modesto entender y a decir de la prensa especializada es uno de los grandes libros publicados en lo que va de siglo XXI.

El libro parte de la interrogante que se planteó la autora en 1981 acerca de si en el futuro las máquinas trabajarían para los humanos o los humanos para máquinas inteligentes, y si sería el futuro digital nuestro próximo hogar, pues este entorno está conquistando y redefiniendo nuestro ámbito familiar, introduciéndonos en territorios y situaciones nuevas no predecibles.

Partimos de la base de que las tecnologías de la información y de la comunicación llegan ya a más de la mitad de la población mundial y que envuelven y condicionan todos los aspectos de nuestra vida, tanto es así que si en un ayer muy próximo saludábamos el advenimiento de una sociedad de la información, hoy estamos plenamente inmersos en una civilización informacional que adquiere condiciones de hogar, pero que no es el *nostos* que empujaba a Ulises al regreso a Ítaca.

Es cierto que hoy hemos de entonar el réquiem por nuestro hogar tradicional, pues desde el año 2000 el proyecto *Aware Home* (Hogar consciente) ha irrumpido en nuestras vidas extrayendo datos de nuestra intimidad a través de los terminales de ordenador, computadores, telefonía móvil, y han comenzado a almacenar ingentes cantidades de datos sobre nosotros que nosotros mismos suministramos y que son utilizados para aventuras comerciales que reportan a sus agentes los mayores beneficios, todo lo cual ensombrece el sueño digital de hace unos pocos lustros y lo transforma en un proyecto comercial voraz y absolutamente novedoso al que llamamos capitalismo de la vigilancia.

Pero, en realidad, ¿qué es el capitalismo de la vigilancia? Un sistema, una práctica que reclama unilateralmente para sí la experiencia humana, entendiéndola como materia prima gratuita que puede traducir en datos de comportamiento, obteniendo con ellos gigantes beneficios.

El fundamento de todo ello es que algunos de los datos —los menos— que ofrecemos cuando aceptamos *cookies* de navegación o a través de nuestros perfiles de las redes sociales, fotografías compartidas, etc.— se utilizan para mejorar productos o servicios y ese es el pretexto o gancho para que los facilitemos, pero la mayor parte de los datos es considerada «excedente conductual», privativo y propiedad de las empresas desde el momento en que lo facilitamos, lo usan como insumo, o sea, como fuente para la inteligencia de las máquinas —cada día más inteligentes y con mayor capacidad operativa—, para fabricar productos predictivos que prevén lo que hacemos hoy o haremos mañana... y estos productos informativos o predictivos son venidos y comprados en un mercado de futuros conductuales. La consecuencia primaria es que los capitalistas de la vigilancia se han enriquecido inmensamente con estas operaciones comerciales, pues son muchas las empresas interesadas en los beneficios derivados de la información recibida. Así se ha desatado una competitividad y una codicia cada vez más acusada por los datos cuya finalidad última es la de modelar nuestros hábitos de consumo y comportamiento, de manera que la información no es

solo información, sino un instrumento de poder a todos los niveles y escalas, un poder instrumental operado por la enorme arquitectura informática, las redes, la inteligencia artificial, etc. a la que resulta difícil poder escapar y en la cual estamos inmersos con preocupante y hasta complaciente resignación.

La conexión digital tiene, pues, entre otras finalidades a las que más adelante nos referiremos, una clara finalidad comercial, que el capitalismo de la vigilancia aprovecha y fomenta.

Su invención se atribuye a Google, quien, a decir de la autora del libro, además perfeccionó el capitalismo en un sentido similar a como General Motors inventó y perfeccionó el capitalismo gerencial hace un siglo. Y las prácticas de Google se han extendido rápidamente a Facebook, Microsoft y Amazon y en menor medida —al menos de momento— a Apple, ... casos diferentes aunque no menos inocentes son las empresas chinas Huawei y Tik Tok.

Sus actuaciones y prácticas se orientan hacia los inexplorados espacios de internet, del ciberespacio, donde los agentes no han encontrado competidores ni impedimentos legales, pues no hay legislación al respecto y los conflictos de todo tipo con los estados han venido por otras razones. Es más, a su crecimiento vertiginoso, implantación y aumento de beneficios han contribuido acontecimientos tan decisivos como los atentados el 11-S, la pandemia de COVID, la guerra en Ucrania o el conflicto entre Israel y Hamás.

Se erigieron en necesarios, útiles y fueron demandados desde las esferas públicas y privadas y aceptados socialmente. Enseguida se dieron cuenta de que podían hacer lo que quisieran y lo hicieron, apelando a las angustias e inquietudes contemporáneas, por ello están actuando con un manto de invisibilidad protegida por la ilegibilidad de los procesos automatizados que usan. Los productos de predicción actuales se comercian en mercados de futuros conductuales, pero estos productos y servicios no son objetos de intercambio de valor entre productor y consumidor. Así, nosotros no somos clientes del capitalismo de la vigilancia, y aunque el dicho habitual rece que cuando el producto es gratis el producto somos nosotros, la realidad es que somos las fuentes de materia prima, de excedente conductual que alimenta al capitalismo de la vigilancia. Los verdaderos clientes son las empresas que comercian en los mercados, a las cuales interesa conocer nuestro comportamiento presente y, a ser posible, el futuro instrumentán-

dolo o induciéndolo con fines comerciales, políticos, sanitarios, de modificación de hábitos de consumo, etc. El Gran Otro está más cercano de lo que parece.

Teniendo en cuenta el uso de internet, las dependencias que tenemos de lo digital, el nuevo hábitat en las redes sociales, el comercio electrónico, etc., no es exagerado decir que esta dependencia está destruyendo la vida tal y como se concebía hace sólo unos años, que padecemos un entumecimiento psíquico que nos impide reaccionar y que en el fondo es la expresión del pacto fáustico de entregar nuestra alma a cambio de mejorar nuestras vidas, es decir, como reza el antiguo dicho popular: o me das la yegua o te quito el potro.

Vivimos de forma complaciente y encadenados como en la caverna de Platón, pero felices, sin darnos cuenta de que existe una considerable asimetría entre nosotros y algunos de los agentes que mueven hoy el mundo y configuran la vida de pueblos y sociedades.

El hecho es que lo saben todo de nosotros a partir de datos extraídos de nosotros, pero sus actividades no son conocidas por nosotros, Apostilla la autora:

[...] el capitalismo de la vigilancia es una fuerza sin escrúpulos impulsada por unos novedosos imperativos económicos que ignoran las normas sociales y anulan los derechos elementales asociados a la autonomía individual y que tan imprescindibles resultan para que las sociedades democráticas sigan siendo posibles.

La verdad es que los éxitos alcanzados en las esferas económica y de poder se han debido en buena parte a que el capitalismo de la vigilancia se nos ha presentado como algo irreconocible, haciendo invisible lo que se avecina, como si el futuro fuese una prolongación del presente. Pero no conviene confundirse, no es lo mismo y deberíamos saberlo bien, pues la cosa es diferente, es un mundo nuevo plagados de geografías nuevas. El capitalismo de la vigilancia es un actor nuevo y diferente a todo lo demás, tiene carácter inédito y difícil de rebatir por su incrustación en nuestras vidas, por su poder, por sus ámbitos de radicación en la ciberesfera, por sus tentáculos en las esferas públicas y privada, por encima de los poderes y legisladores estatales.

Llegados a este punto quizás sea conveniente aclarar dos cuestiones:

1. Que no debemos confundir el capitalismo de la vigilancia con las tecnologías que emplea, ni entenderlo como consecuencia inevitable de

las mismas, aunque está claro que el capitalismo de la vigilancia es inimaginable fuera del medio ambiente digital. Así, por poner un ejemplo, los buscadores, los ordenadores, los servidores, los móviles no conservan los datos que generan, son las grandes empresas las que ordenan conservar nuestras historias y datos como patrimonio de uso futuro. Por tanto, no conviene confundir los títeres, que son los medios tecnológicos, con los titiriteros, que son quienes los manejan a su antojo, en su propio beneficio y para fines no conocidos por nosotros, y cuyo nombre no es necesario decir...

2. No podemos evaluar la trayectoria de la civilización informacional sin tener en cuenta que la tecnología es producto de su época y viceversa, que no es una cosa en sí misma aislada de la economía y de la sociedad. De ahí que al comienzo de esta exposición hiciésemos un esbozo de la evolución de la sociedad y de la tecnología para concluir que la situación actual es consecuencia de evolución digital y del liberalismo posterior a los años setenta. El capitalismo de la vigilancia de nuestra era en realidad es una metamorfosis —no evolución— del capitalismo clásico, cuyo talón de Aquiles han sido las tecnologías digitales en red que el mismo capitalismo ha generado. De él ha surgido una nueva forma de capitalismo y de poder que Varoufakis denomina *Tecnofeudalismo* que desgrana en el libro del mismo título, que es un brillante discurso surgido de su profunda formación académica, práctica como ministro de finanzas de Grecia en 2015 y de su ideología y militancia comunista.

Toma en consideración la definición clásica de feudalismo y la lectura marxista del término, considerando que las causas de liquidación del capitalismo anterior y del surgimiento del tecnofeudalismo han sido dos: 1) la privatización de internet llevada a cabo por las grandes empresas tecnológicas americanas y chinas y 2) la manera en que los gobiernos occidentales y los bancos centrales respondieron a la gran crisis financiera de 2008.

En el primer aspecto Varoufakis ahonda en los planteamientos del capitalismo de la vigilancia ya expuestos y los asume plenamente, aunque, dicho sea con sorpresa, sin citar a la autora y dando la sensación de no conocer el libro. Coincide con ella, no obstante, en que el capitalismo actual —en su doble acepción de capitalismo de la vigilancia o de tecnofeudalismo— es como el gran Minotauro que incubó Estados Unidos durante la postguerra mundial y la Guerra Fría y cuyas doncellas a devorar, según el símil de la literatura clásica, fueron el neoliberalismo y los ordenadores.

Ello ha permitido una mutación del capital clásico a capital de la nube que ha demolido los dos grandes pilares del capitalismo anterior, a saber: los mercados y los beneficios. Y añade

[...] por supuesto, ambos siguen estando omnipresentes, pero ya no ejercen el control de antaño. Lo que ha ocurrido en las dos últimas décadas es que el beneficio y los mercados ha sido expulsados del epicentro de nuestro sistema económico y social, se han desplazado a sus márgenes y han sido reemplazados.... Han sido sustituidos por plataformas de comercios digitales que parecen mercados pero no lo son, y que se entienden mejor si los consideramos feudos. Y el beneficio, el motor del capitalismo, ha sido sustituido por la renta. En concreto, una forma de renta que debe pagarse para tener acceso a esas plataformas y, en general, a la nube...

Por eso el poder real no lo ostentan hoy los propietarios de las fábricas, máquinas o edificios.... sino los señores tecnofeudales.

Todo ello ha venido por el acelerado desarrollo de la sociedad digital, de la civilización informacional, que como ya anticipamos, tuvo su origen en internet, para ser más exactos en Internet 1, desarrollado por Estados Unidos para comunicar las bases militares durante el periodo de la guerra Fría y de poner a salvo los depósitos de armamento en caso de un ataque soviético.

Internet apareció como un entorno accesible, universal y gratis aunque naturalmente con contenidos estratégicos vetados que contó con fuentes de financiación, investigación y desarrollo oficiales y que en adelante, en el contexto neoliberal de los años setenta permitió la emergencia y progresiva aparición de agentes privados que empezaron a vislumbrar los nichos de negocio. La irrupción de empresas originó el Internet 2, cuyo acceso fue gradualmente privatizado y la identidad de los usuarios que antes estaba garantizada por los estados y ahora ha sido sustituida por las contraseñas de acceso a las plataformas y servicios. Puede decirse y en ello insiste Varoufakis, como su hubiese leído en el capítulo XI del Quijote el discurso que D. Alonso dirige a los cabreros, que el ciberespacio era un bien comunal de libre acceso, que está siendo privatizado por las grandes empresas, por los titiriteros que decía S. Zuboff, que actúan en el ciberespacio como los grandes grupos de inversión en África o la misma China y Rusia, razón por la cual se podría afirmar que estamos asistiendo a la desamortización del mundo, y lo que es mucho más grave y nuevo: la privatización

parcelada de la ciberesfera, en la cual los satélites actúan como hitos de amojonamiento.

Los grandes protagonistas del capitalismo de la vigilancia son ahora los señores feudales y las empresas clásicas (Ford, General Motors... incluso los estados) son sus vasallos que gozan de cierta autonomía pero con la servidumbre del cordón umbilical de la tecnología que les mantiene atados a las grandes infraestructuras de ordenadores, centros de cálculo, satélite, a la inteligencia artificial, a la nube... etc. Nosotros, como en el sistema feudal, somos siervos, una mano de obra gratuita, voluntaria y consentidora que aporta datos —materia prima para la predicción conductual— que permitan que la IA construya nuestras biografías futuras. Los proletarios son la escasa mano de obra física que siguen empleando.

El resultado es que los beneficios son enormes, baste pensar —dice Varoufakis— que los empleados de General Electric, Exxon-Mobil, General Motors o cualquier otro gran conglomerado perciben en sueldos y salarios alrededor del 80 % de los ingresos de la empresa y, en cambio, los trabajadores de las grandes tecnológicas perciben menos del 1 % de los ingresos... La razón es que la mano de obra asalariada sólo realiza una pequeña fracción del trabajo, el resto, la mayor parte, es decir, somos nosotros cada vez que activamos el pacto fáustico de aceptar cookies... contribuyendo a engrosar el poder, a mermar nuestra independencia y a lastrar nuestra identidad.

No se me pasan por alto los grandes y beneficiosos efectos que han traído los nuevos tiempos y la revolución tecnológica a las nuevas geografías. Tampoco los cambios en los mapas y en la geografía mundial, cuya referencia puede hallarse en cualquier manual de Geografía Universal, al cual remitimos por elipsis.

Pero sí es hora de sintetizar que los tiempos que estamos viviendo son posibles por la conquista del espacio y la revolución tecnológica en un contexto social y político con fuertes resabios del keynesianismo, de la entronización del neoliberalismo, de lo que se consideró el fin de la historia (hoy en revisión por el mismo Fukuyama) aunque fuese el origen de la nueva geografía, de los avances de la globalización, de las necesidades de seguridad tras los acontecimientos del 11S y del terrorismo internacional, de la gestión de la pandemia de COVID y de la generalización del teletrabajo, de los intentos de puesta en funcionamiento de nuevas monedas, de la guerra en Ucrania, de las oportunidades de las grandes empresas de

transformar la inversiones en beneficios, etc., etc. Pero ha de advertirse que, del mismo modo que el capitalismo industrial dañó seriamente al medio ambiente hasta comprometer procesos básicos en la naturaleza, el ciberespacio y por extensión el capitalismo de la vigilancia —no sólo en su acepción económica, sino de control y posesión de datos— puede comprometer el futuro de la humanidad, incluso algunos de sus principios básicos, entiéndase por ejemplo la democracia, que, no se olvide, no es sólo una práctica política, sino la filosofía que alimenta la vida en común.

Sea como fuere, lo cierto es que —como dijo Goethe al contemplar las campañas de Napoleón— estamos viviendo unos tiempos nuevos, apasionantes y sin precedentes, bisagra entre un pasado rico y expectantes antes los tiempos que aguardan, ante una Geografía Universal sin precedentes en la que ha de situarse a las personas y a las sociedades como centros del universo, y a la Tierra como morada y hogar.

La realidad que analizan y describen los libros que hemos comentado es espejo del presente, síntesis del pasado y antesala de futuro. No conviene despreciar las advertencias, los riegos que se ciernen sobre la humanidad mordida por su propio progreso, sean personales, colectivos o ambientales, entre ellos, el descontento democrático o la ansiedad de las generaciones más avanzadas, por utilizar el título de otros dos libros muy recientes e importantes².

No ha de temerse al presente, como tampoco debemos temer al futuro por oscuro que se vislumbre, pues, no hay fin de la historia, sino que, como siempre ha sucedido, cada generación ha de afirmar su voluntad y su imaginación ante nuevas amenazas que nos obligan a juzgar de nuevo la misma causa de cada época sucesiva.

Sólo nos resta dar fe de que estamos construyendo la historia humana desde una nueva Geografía Universal, tal y como nos preguntábamos al principio, que somos testigos y protagonistas del presente grandioso que nos ha tocado vivir con conciencia de que nos acerca un milímetro hacia el infinito, un porvenir en el que debemos ser actores del quehacer colectivo y no espectadores del ajeno, del sentido ético de nuestra relación con

² SANDEL, J., *El descontento democrático. En busca de una filosofía pública*. Barcelona, Ed. Debate, 1ª ed., 2023, 321 págs. HAIDT, J., *La generación ansiosa*. Barcelona, Ed. Deusto, 1ª ed., 2024, 384 págs.

los restantes seres humanos y con el Planeta, ofreciendo la Geografía como ámbito interdisciplinar de encuentro al servicio de una «Geosofía» o comprensión mejorante del mundo.

El momento exige proclamar la grandeza de lo alcanzado en aras de la felicidad de los pueblos, y frente a las amenazas tomar como arma el pensamiento, como abasto la cultura y como bastión la vida en común, para construir un yo y un nosotros que no esté nublado por un progreso engañoso y que, por supuesto, haga del futuro nuestro hogar.

Y después de todo esto no me gustaría que se intranquilen ante el panorama, porque el futuro está en nuestras manos, ... no se desvelen con el «Capitalismo de la vigilancia» ni con el «Tecnofeudalismo» y duerman tranquilos, sabiendo que Google o Tik Tok vigilan sus sueños, y al acostarse, si le dicen buenas noches a Alexa, eso sí, sepan que mañana los puede despertar Amazon para venderles una lavadora.

He dicho.... ¡Muchas gracias!